

GUAPAS, LISTAS Y VALIENTES

Beatrice Masini

La pequeña
dragona



PRÓLOGO

En el que conocemos a una niña muy malvada

En el País de los Peces de Jade, muy, muy lejos de aquí, vivía una niña que se llamaba Min. Era probablemente la niña más malvada que había existido jamás sobre la faz de la Tierra. Esto al menos era lo que pensaban sus desafortunados compañeros de clase y juegos, que tenían que padecer su malhumor y sus malos gestos.

La violencia de sus acciones no era física, no: la especialidad de Min era usar las palabras para hacer daño a los demás. Hacía comentarios ofensivos e hirientes. Min solía inventarse motes, para burlarse de los demás. Por ejemplo, si Chao era algo gordito y sorbía por la nariz, para ella se convertía inmediatamente en «un balón



gigante». Si Liu era tímida, entonces se convertía para Min en «una almeja boba»; si Pin no era muy rápido en las carreras, lo llamaba «caracol».

Había quien al oírla salía corriendo y se echaba a llorar, y quien intentaba responderle con el mismo tono. Pero era muy peligroso desafiar a Min con las palabras, porque ella siempre era más rápida, encontraba antes algo hiriente que decir, y en esto era, si se puede decir, brillante.

Los padres de Min escuchaban las quejas de los padres de sus compañeros, pero no le daban mayor importancia al comportamiento de su hija. Los padres de Min solían defenderla, y pensaban que, si acaso, la culpa era de los demás.

Su madre solía decir:

—Con qué niños más quisquillosos juega nuestra Min.

—Sí —añadía el padre—. No tienen sentido del humor.

—Además, ¿sabes qué te digo? —decía la madre—. Que los niños tienen que aprender a resolver sus propios problemas, y no acudir a los adultos por cualquier cosa.

—Tienes toda la razón —decía el padre—. Nosotros siempre dejamos que Min se defienda sola, ¿verdad?

Min prefería defenderse sola. Su lengua afilada como una espada era un arma peligrosa. Pero, en realidad, necesitaba de la atención de un adulto que intentara entender por qué se comportaba así.

Pero donde Min vivía, nadie, en realidad, se preocupaba mucho de lo que ocurría en la cabeza o el corazón de los niños. En el caso de Min, si alguien lo hubiera hecho, esta historia sería otra historia. En cualquier caso, ha llegado el momento de contarla.

CAPÍTULO 1

En el que Min hace de las suyas y recibe una reprimenda

Min no era muy popular entre los niños, pero entre las niñas, sí. Muchas de sus compañeras intentaban imitarla. Querían llegar a ser tan malvadas como ella.

Min prefería elegir como víctimas de sus travesuras a los chicos: como no corría tanto como ellos, ni tenía la fuerza de ellos, prefería usar las palabras, sencillas pero dolorosas, para humillarlos.

Entendemos entonces por qué cuando Min anunció que organizaría una fiesta el día de su noveno cumpleaños, solo para las niñas, todas sus compañeras le aseguraron que irían, y que si tenían otras cosas que hacer las anularían inmediatamente.

La fiesta de cumpleaños de Min se celebró en el jardín de su casa, un bonito y extenso jardín, cercado por una alta muralla, donde crecían armoniosos y coloridos árboles frutales. Como era primavera, habían florecido todos.

Cuando el viento soplaba, los pétalos caían en una delicada lluvia rosa y blanca. Era todo un espectáculo, y al verlo sus compañeras aplaudían maravilladas.

Igualmente maravilladas habían admirado los regalos que Min había recibido de sus padres: dos muñecas gemelas, vestidas con trajecitos de seda de colores diferentes, una cometa con forma de dragón y varias pulseras con cuentas de jade verde.

También de jade, pero de un tono más pálido y con los bordes dorados, era el pequeño colgante con forma de pez que le había regalado su abuela. Colgaba de un delicado cordón de seda azul. Min se lo puso enseguida sobre su vestido naranja.

—Qué cosas tan bonitas —habían murmurado las niñas.

Una incluso se había atrevido a tocar el pequeño pez de jade, pero Min se lo arrancó de las manos, diciendo:



—¡Venga, vamos a comer!

Sí, también era muy celosa de sus cosas.

Había pastelitos de arroz, tortitas de miel y muchos pececitos de la suerte de azúcar. No había tarta, porque en aquel lugar y en aquella época no era costumbre. Entre tantos pasteles, los pétalos y las cosas tan ricas que había para comer, todo resultaba casi normal. Incluso Min, quizá endulzada por el azúcar de los pececitos, estaba siendo excepcionalmente amable, pues desde que había empezado la fiesta no había hecho de las suyas.

Pero luego llegó Liu, que se había retrasado. Le entregó a Min un paquete envuelto en papel de arroz y cerrado con un bonito sello rojo.

—Ten, es para ti —dijo, casi sin aliento.

Min, que cuando quería sabía recurrir muy bien a las buenas maneras, hizo una reverencia de agradecimiento y dijo:

—¿Quieres un pastelito de arroz? ¿Y una taza de té verde? Gracias por el regalo.

Rompió el sello y desenvolvió el regalo.

Pero, mejor hubiera sido dejarlo para después, porque de repente sucedió todo lo que no debió ocurrir, y fue terrible. Min consiguió romper el sello, y sin ningún cuidado abrió el paquete, movió el contenido entre sus dedos y luego soltó estas palabras:

—¡No me gusta!